

Capítulo 6

Desfase horario

¡A ratos perdidos, mis horas de gloria!

Me entreno en un arte marcial inglés, difícilísimo de dominar para una francesa... ser educada: lo siento, lo siento, lo siento y lo siento otra vez. ¡Poco habitual entre las ranas! Ni con la cabeza en la guillotina reconoce el galo sus errores. El error es una debilidad. La disculpa, una rendición. ¡Más vale mentir con arrogancia que morir de vergüenza! ¡Cuestión de honor! El *Frog* solo negocia desde una posición de fuerza y no pide perdón jamás. Demasiado arriesgado para su ego.

Yo, en cambio, nunca he tenido problema en pedir perdón.

Aprendí muy pronto que, para esquivar los rayos y centellas de esos que, cuando quieren matar a su perro, dicen que tiene la rabia, tenía que pedir perdón, *como mínimo*, por aquello de lo que no era responsable, y de paso por ser quien era, porque, por lo visto, ser yo misma no le iba a gustar a todo el mundo. Lógico, cada uno es único, pero hay quien parece no saberlo, así que llevo años entrenándome en pedir perdón:

— Pido perdón por ser víctima de mis miedos, porque si no, no escribiría este libro. Porque, por lo visto, soy de las pocas a las que les interesa lo que se esconde en el inconsciente. No da dinero, dicen. Cero interés.

— Pido perdón por mirar los colibríes desde mi hamaca mientras otros trabajan, bueno, hacen como que trabajan, ¡y a mí nadie me paga por el mío!

— Pido perdón por escuchar la risa de los niños en la playa, en lugar de *TeleKata 24/24*. Entre sonreír y poner cara de vinagre, ¡lo tengo clarísimo!

— Pido perdón por escribir las cantidades y los números en cifras, porque se leen mejor en todos los idiomas, ¡truco de disléxica!

— Pido perdón por no haber tenido hijos, porque una fanática del bisturí me quitó los ovarios sin pedirme opinión. La misma que duerme con la conciencia tranquila y a la que le importa un pimiento mi vejez prematura, causada por el lío hormonal que me montó. Sí, lo confieso, estoy un pelín mosqueada.

El médico — ¿Qué tenemos hoy?

La enfermera — Histerectomía.

El médico — Abrimos, le quito también los ovarios, ¡y hala! Total, no se va a enterar, está dormida. La Seguridad Social tampoco, ya puestos, así que facturo el doble.

La enfermera — Hay que anotar un buen motivo, doctor.

El médico — Ponga *como prevención*, eso siempre cuela, y no es mentira¹: ¡como prevención para mi jubilación!

— Pido perdón por no tener pareja, porque me tomé mi tiempo para escribir un libro y recuperarme de la anterior.

— Pido perdón por tener curvas voluptuosas, muy de moda en los años 50.

— Pido perdón por ser alta en el Sur, porque los hombres me llegan a los sobacos.

¹ Kaamelott, serie de Alexandre Astier (YouTube, en francés).

— Pido perdón por tener demasiados títulos, porque en Francia siempre me piden que demuestre lo que sé sin pagármelo nunca, ¡y se quedan tan anchos!

— Y, por supuesto, pido perdón por pedir perdón por ser tan humilde, ¡así se compensa!

— Pero, por encima de todo, más que nada y sobre todo, ¡pido perdón por no llegar nunca a la hora! Porque *hay mucho arte en mis retrasos*², y eso que apenas me esfuerzo.

Lo cual no tiene absolutamente nada que ver con mis padres, ¡pobrecillos! Porque en mi familia, la puntualidad es sagrada. Grabada en el ADN.

Mamá lleva la hora en la cabeza, con alarmas integradas, reloj proyectado en el techo, horario de invierno, horario de verano. Viene con todos los extras. Es infalible, no hay quien la pille. No le puede pasar nada. Todo va como un reloj suizo, es la directora de orquesta de los husos horarios. ¿Su secreto? ¡Respetar los horarios! El mayor estrés de mi madre no es saltar de un tren, ni de un barco, no, ¡eso lo tiene controlado! ¡Es no saber qué hora es!

Es hereditario. Le viene de mi abuelo, medio alsaciano, medio suizo. La puntualidad es la fortuna de la familia, un tesoro que pasa de generación en generación, más sagrado que la cortesía de los reyes, la ley universal que rige la vida. Todo gira en torno a la hora solar. Imposible vivir fuera de la gravedad temporal. Sin la atmósfera cronometrada, todo se va al garete.

² Cuatro bodas y un funeral (YouTube).

¿El secreto de su poder? ¡Un corazón enorme! Le encanta la gente. Recibe a todo el mundo en casa, se ocupa de todo y de todos, protege a su familia y a los suyos como una leona a sus cachorros. Vive según valores heroicos: lucha por lo que importa, familia, trabajo, equilibrio, aventura, excelencia y superación personal.

Perfeccionista, todo lo hace con talento. Un pelín controladora, da seguridad y protege. ¿Su timón para no perder el rumbo? ¡Siempre el término medio! Espíritu crítico y sentido común de la tierra, humor y autoironía, amor y control.

Antes de que yo naciera, mamá pasó 9 meses de embarazo ¡como los chorros del oro! Yo estaba tan tranquila que no tuvo ni una sola contracción. Y entonces, ¡BUM! ¡10 días de retraso! ¡Por primera y última vez en su vida!

El médico todavía se acuerda de aquella morena guapísima de ojos verdes y mirada fulminante, sonrisa deslumbrante, proporciones perfectas, siempre impecable, incluso después de un maratón... Una mujer que ignora olímpicamente a quien pretenda decirle cómo comportarse, y se lanza a la acción con la energía de diez hombres. ¡Y esa voz! Un megáfono que tapa a todo el mundo. Una Atenea moderna que convierte la consulta en una arena en cuanto cruza la puerta. ¡Imposible olvidarla! Ni resistirse a su encanto.

Mamá — ¡10 días de retraso, doctor! ¿Usted se da cuenta? He hecho todo lo que me dijo... ¡Nada! Así que me he puesto a saltar desde las mesas para provocar el parto... ¡Nada! ¡Esto no puede ser, doctor! ¡No puede seguir así! ¡Si usted no interviene ahora mismo, me

encargo yo! Así que haga algo, pero, sobre todo, ¡hágalo rápido!

¡Con el retraso que lleva, esta niña no va a llegar puntual en la vida! ¡Es inadmisibile, doctor! ¡Por su culpa, voy a tener que estar todo el día encima de ella recordándole los horarios! ¡Menos mal que yo llevo la hora en la cabeza para recuperar su retraso! ¡Y yo que creía que Francia era un gran país! ¡Gobernado por incompetentes, eso es lo que es!

Total, que para hacerla callar, la anestesiaron. Una dosis para caballos, para no correr riesgos. Necesitaban silencio para concentrarse, sin que ella se metiera a dirigir la operación.

Así que nací por cesárea, 10 días después de salir de cuentas. Estaba calentita, tan tranquila en mi hamaca mirando los colibríes, cuando de repente... dos guantes gigantes me sacaron de mi ensueño. Y luego... ¡nada! Un frío glacial. Un vacío existencial. ¡Me dio un ataque de ansiedad de los que hacen época! *Apocalypse Now*, pero peor. ¡Una auténtica pesadilla! Imagínate, mamá durmió 24 horas.

Yo — ¡Eh, hola! ¿Mamá? ¿Papá? ¿Dónde estáis?

Estaba sola en la oscuridad, chillando de miedo. Unos gritos estridentes, cada vez más fuertes, me rozaban sin llegar a tocarme. Creía que venían de fuera, ¡y en realidad eran los míos! ¡Me di un susto de muerte yo solita! Grité tanto que tuve pesadillas hasta los 7 años. ¡No se lo deseo a nadie!

Yo — ¡Eh, hola! ¿Hay alguien? ¡Tengo miedo!

Pero la niñera en prácticas no estaba de humor... ¡Todo porque su chico acababa de dejarla y ya no podía más de oírme berrear! Mis chillidos acabaron con su vocación de cuidadora de bebés.

La niñera — ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Haber nacido a tu hora, en vez de quedarte ahí nadando en la gloria!

Yo —

¿Hay alguien más?

Pero a mí no me la daba... ¡Aquella becaria no tenía NADA que ver con el instinto maternal de MI MAMÁ DEL ALMA, LA MÍA! Pero así es como esa imbécil me hizo creer, cuando yo tenía apenas 3 horas de vida, que mis padres me habían abandonado por mi culpa. Desencadenó mi fobia a la hora y me cargó con la culpa de por vida.

Por suerte, ¡MIS PADRES NO SON DE ESOS! Ya habían perdido su país, ni hablar de abandonar a su hija, ¡eso jamás!

Pero como la niñera no encontró el descodificador para hacerme callar, me plantó un biberón en el pico, con una papilla para bebés de 12 semanas... ¡Y luego nos preguntamos cómo nacen las adicciones al azúcar y las intolerancias a la lactosa! ¿Y por qué nos lanzamos sobre el chocolate por miedo a que nos falte cariño? Solo por miedo al abandono. ¿Que es totalmente irracional? ¡Ve a decírselo al recién nacido!

Solo que mi madre ¡ES UNA GUERRERA! El azúcar no da la talla. Mi retraso ya era una catástrofe, pero engordar estaba totalmente descartado. Ni hablar de que sus hijas del alma se desmadraran de esa manera. Le di mucha

guerra, pero me mantuve en unas proporciones aceptables.

Y si, por casualidad, me pasaba de la raya, ¡sirenas con amplificador! ¡Mejor no buscarle las cosquillas! Su altavoz me taladraba los tímpanos hasta que volvía a la normalidad. Desde que supuso que un amor de juventud la habría dejado por una chica más delgada, decidió mantener la línea para siempre y, de paso, mantener la mía, para ahorrarme el mismo chasco.

El deporte es su religión. ¡Hay que moverse! A los 85 años, camina todos los días. Después de una radioterapia, subía sus dos pisos de escaleras diarios y hacía sus 10 minutos de paseo entre dos bancos. Con la cadera fisurada o sin ella, ¡ni caso! Se recuperó más rápido que una chavala de 20 años. Ahora hace senderismo para preparar el maratón de la *Presqu'île du Sel*. Mamá es una fuerza de la naturaleza. Hay que seguirle el ritmo para no perderla. No queda otra, ¡va con turbo!

Anyway. El trauma de recién nacida me desajustó el reloj biológico. Nunca he conseguido recuperar mi retraso.

¡Todo por culpa de una cesárea que se suponía que me iba a ayudar a vivir en paz! ¡Y de una becaria inconsciente, que nunca supo nada de su fechoría! ¡Así es como una recién nacida se pasa al modo *Calimero*³! Y crea, sin querer, un apego ansioso, totalmente invisible a simple vista, inconsciente, indetectable. El tipo de cosa

³ Calimero (YouTube).

que ni el carbono 14 detecta. Aparte de Sherlock Holmes⁴, no veo quién podría adivinarlo.

Pero como no había entendido bien cómo decir que no la primera vez, me la volvieron a jugar 50 años después.

En fin. A veces me pregunto por qué no dejan a los bebés en su hamaca mirando los colibríes, en lugar de querer sacarlos del paraíso antes de que estén listos.

Mamá, la pobre, no puede entenderlo, porque todo pasó a sus espaldas, sin querer queriendo. Mis dos padres opinan lo mismo: contar solo con uno mismo y el uno con el otro es lo más seguro.

Mamá creyó entender que su padre, al que admiraba, quizá estuvo colado por su tía. Nunca lo sabremos, el caso se archivó sin más. Defendió a su madre con uñas y dientes, y ya nunca confió en nadie para proteger a los suyos. Si quieres algo bien hecho, hazlo tú misma. Por su parte, Papá supo que todo estaba escrito cuando su padre murió demasiado pronto, pero que el destino no sabe leer una fecha.

Así que cuando un tipo, con un ego tan grande que le cabía un país entero, les dijo un día: *¡Os he comprendido!*⁵, y acto seguido los arrancó de raíz, ellos sí que lo comprendieron: nadie volvería a decidir por ellos. Formaban parte de la Historia y, de paso, aquello les cambió la vida, y les despertó la necesidad de control.

En este mundo inestable, ¡más vale desconfiar de las apariencias y contar solo con uno mismo para ser libre!

⁴ Arthur Conan Doyle, Estudio en escarlata (Gallimard, en francés).

⁵ Je vous ai compris (Wikipedia, en francés).

Desde entonces, para quedarse tranquilos, lo controlan todo. ¡Toda precaución es poca! Así es como, por amor incondicional, uno se vuelve ligeramente controlador. ¡Todo tiene su explicación!

Y como mis dos padres son *pieds-noirs*, y desde hace cuatro generaciones, ¡ya te puedes imaginar cómo se dejaron la piel para reconstruirlo todo y proteger a sus hijas del alma! El control es su manera de querer... y nos quieren muchísimo.

Así que, como lo prevén todo, nunca han entendido por qué, desde que nací, vivo en un desfase horario existencial. Salgo cuando debería llegar, me acuerdo de mis citas en plena noche. Mis conexiones sinápticas, en cuestión de horarios, parecen pasos a nivel: ahora sí, ahora no. El jefe de estación cambia de vía sin avisar. Y el personal se pone en huelga cada dos por tres.

El Vikingo — Tendrías que haber trabajado en Renfe, ¡habrías ido sincronizada!

Mamá nunca ha conseguido acostumbrarse. Era su misión en la vida: ponerme en hora. Así que lo hizo todo, todo bien, todo como Dios manda, se desvivió. Y Papá siempre la apoyó, para limar asperezas.

- ¿Cuándo te vas, cariño?
- ¿A qué hora es tu cita, mi amor?
- ¡Ojo, que cambia la hora!
- ¿Te has acordado de poner el reloj en hora?
- ¿A qué hora vienes mañana, cielo?
- ¿A qué hora llegan tus clientes?
- ¿Y cuándo se van?
- ¿Sabes al menos qué día es hoy?

- ¡JEAN! ¿QUÉ HORA ES?
- Pues míralo en el móvil, ¿no?
- Pfff... ¡no se le puede pedir nada! ¡No sirve para nada!
- Espera, que ya te lo digo yo... ¡la hora que es!
- ¡Ya! ¿Pero todavía no te has acostado a estas horas?
- Es tarde, ¡mañana estarás cansada!
- ¿A qué hora te levantas?
- ¿Quieres que te llame para que no se te olvide?
- ¡Venga, a la cama, cariño! ¡Hablamos mañana!
- Te quiero, cariño, pero no pones nada de tu parte.

No sabe por qué... ¡Nunca ha conseguido arreglar mi trauma!

Mamá es una locomotora, con ruido y vapor incluidos. Aunque a veces la Libra se balancea... en cuanto decide, ya no hay quien la pare. Su corazón valiente, lleno de arrojo, se acelera enseguida, ¡y se lanza con coraje al encuentro de su destino! ¡Sale antes que nadie y siempre llega la primera! Lo prevé todo, ¡como un temporizador! Todo va como un reloj. Quiere saberlo todo para controlarlo todo, ¡y que no se le escape ni una! Si no, ¡explota! ¡Es una bomba!

Papá es el ancla en la tormenta. Capricornio de pura cepa: pragmático, realista, estable. Avanza con precisión, cero humo, solo hechos. Su visión clara y su humor seco caen como anillo al dedo, ¡justo en el momento oportuno! Amortigua o devuelve la bola, como en el tenis. Y a veces un *passing shot*, o una buena volea. Es de una pieza, observa, sonrío. Dice lo que piensa, aunque no guste, le da igual. Lo asume. En cuestión de horarios, hace las cosas en el acto, sin rechistar: no deja para mañana lo que puede hacer hoy. Se entienden de maravilla.

Frente a ese corazón desbordante que nadie puede controlar, él no se deja arrastrar. Estable, cariñoso, la quiere profundamente, la sostiene con ternura en la tormenta y, sobre todo, le encanta chincharla. Hay que decir que la entiende mejor que nadie, sabe muy bien que todo puede acabarse de un día para otro, lo ha vivido. Así que más vale contar con uno mismo, y contar el uno con el otro para salir adelante, que con los políticos: ¡una panda de inútiles! Eligieron vivir, reír, plantar cara, sobre todo cuando tienen miedo. Más vale prevenir que curar, como dice mi madre.

Dos fuerzas iguales, dos caracteres que se complementan y avanzan juntos en la misma dirección. Se enfadan el uno con el otro por tonterías, para mantenerse en forma. Se sacan de quicio tanto como se quieren. Se pican a menudo, sobre todo delante de los hijos, tanto como se respetan.

Pero no pueden vivir el uno sin el otro. Aunque, a veces, les gustaría tomar un poco el aire, siguen unidos, en la vida y en la muerte.

Forman una aleación tan sólida que ya no se ve el injerto. Un poco como esos árboles inmensos en el corazón de la selva amazónica, que alimentan y dan cobijo a todo un ecosistema a su alrededor.

Papá — Renata, el médico ya te lo ha dicho cien veces, Coraline tiene un desfase horario estructural, una especie de dislexia del tiempo. Lo has probado todo, déjalo estar, ¡déjala vivir!

Mamá — ¿Y eso lo dices tú? ¡Pues deja de llamarla todos los días! ¡Toma ya! Que nos conocemos, con tu reflejo condicionado de amor incondicional. ¡No ha nacido quien te impida llamar a TUS hijas del alma antes de irte a la cama! ¡Así te quedas tranquilo!

Papá — ¿Y qué? Las llamamos todas las noches desde que nacieron, ¡no vamos a descolocarlas ahora! ¡Tampoco hay que exagerar! ¡Las buenas costumbres no se cambian!

Mamá — Él y yo somos iguales. Cuando se le olvida, se lo recuerdo, para que se sienta culpable. ¡Toma ya!

Papá — Nosotros nos entendemos. Llevamos 60 años funcionando así. Somos la alarma el uno del otro.

Mamá — El enfado nos despierta, nos mantiene vivos, gracias a él, ¡siempre estamos alerta!

Papá — Es el sistema de alarma más seguro del mundo. Las niñas no lo entienden. Pero nosotros lo patentamos a escondidas, sin decirles nada.

Mamá — Jean se ocupa de todo, yo superviso. Antes era al revés, pero desde que me jubilé, he delegado.

Papá — ¡Sí, ella es como los jubilados que miran las obras!

Mamá — Por cierto, Jean, ¿tienes hora?

Papá — Es hora de irse.

Mamá — Bueno, nos tenemos que ir, cariño, en 15 minutos empieza el telediario de las 20 h. ¿A qué hora te despiertas? ¿Nos vemos mañana? ¿Me llamas antes para confirmar? ¡Adiós, cariño! ¡Te queremos! ¡Te llamamos al llegar!

Papá — ¡Buenas noches, cariño! ¿Nos mandas un mensajito cuando te vayas a la cama? ¡Así nos quedamos tranquilos!

Mamá lleva la hora en la cabeza. Así que se adelanta, gana tiempo. Yo, por lo visto, tengo la cabeza llena de pájaros, así que doy tiempo al tiempo... ¡A ratos perdidos, mis horas de gloria! Cada loco con su tema.

El periodista — Después de la pausa⁶, la locomotora y el ancla se nos unen en el plató, ¡con tu hermana en el vagón!

La autora — ¿Y el Vikingo se sentará entre los dos? ¡Suerte, esto promete!

El Vikingo — Un vikingo nunca da un paso atrás. ¡Es una cuestión de honor!

⁶ [Reto para el lector: Denuncia lo que te irrita en forma de disculpa.](#)



La hamaca y los colibríes

Una novela de Karine Baridon



lehamacettescolibris.com